

## Armero

El día era el miércoles 13 de noviembre de 1985. Eran las 7 de la mañana, y me dirigía la escuela, recuerdo bien que ese día iba de uniforme deportivo, teníamos educación física que llaman, la escuela era una casa grande pintada de un color parecido al amarillo, donde colgaban unas grandes materas, con unas plantas que no recuerdo bien que eran, en ese tiempo, tenía la felicidad de estar aprendiendo a manejar bicicleta.

Esta historia la contaré de una sola vez, muchas cosas no las recuerdo bien o no las recuerdo en absoluto, solo creo que llego el momento de exorcizar los demonios que durante tanto tiempo me han perseguido, plasmare en estas líneas todo lo que paso, no sé si sea bueno o malo, pero lo haré espero sin dolor, ni recuerdos amargos.

Magnolia Núñez, un nombre que nunca podré olvidar y de la cual admito me encontraba enamorado de ella, era una niña de 8 años, con el cabello rizado y dorado, era de una agilidad increíble, alguna vez pensé que practicaba gimnasia pero nunca lo supe, su cara era redonda con unos dientes perfectos y unas pecas que nunca pudieron ocultar unos hermosos ojos, que nunca logro acordarme del color.

De Magnolia nos separamos en el 4 grado, estudiamos 5 grado en escuelas diferentes, pero mi corazón latía por ella, incluso después de diez años tuve la loca idea de buscarla, y no tenía ni idea como hacerlo creo que pudo más la razón que el corazón, de pronto es mejor recordarla como el ángel que debe ser en este momento.

El 13 de noviembre de 1985, El día de la tragedia en la tarde, el cielo se puso negro, la caída de ceniza era para un niño de 8 años la sensación mas aterradora imaginable, aunque después vinieron mas sucesos aún más horribles, nunca supe si fue o no verdad, que avisaron que la situación estaba lo suficientemente tranquila, como para no entrar en pánico, pero la persona que aviso si se fue.

El ambiente era tenso, pero solo quería llegar a mi casa a ver televisión, sin muchas preocupaciones, sabia a mi corta edad que las alarmas estaban en estado naranja, como muchas otras veces, pero sabía que mi mamá, nunca permitiría que me pasara nada malo, y para mí eso era suficiente razón para no preocuparme.

En ese momento mi padre no vivía con nosotros, pero si éramos parte de una familia, un hombre, mi mamá mi hermana, una perrita y yo, siendo las 8:30 de la noche una fuerte lluvia que extrañamente en vez de lavar los rostros, manchaba la ropa blanca fue el comienzo de la idea que era el último día para muchas cosas, a las 11 de la noche empezó un ruido como si estuviera despegando un gran avión, aunque la expresión "se vino el volcán", no tenía ninguna lógica, supimos que se refería al desbordamiento del río Lagunilla, después supe que una piedra que servía de represa fue expulsada de manera espectacular hacia la mitad del pueblo, no nos movimos de nuestro sitio hasta estuvieron seguros que la situación era más grave de lo que en un principio parecía.

Momentos después estábamos corriendo desesperados y sin un rumbo fijo, recuerdo claramente que fui testigo de violentas muertes de hombres, mujeres y niños que quedaban destrozados bajo las ruedas de carros, en su loca huida de una muerte segura, por encima de la vida de otros, veía luces que se estrellaban, y lo único en que pensaba era en no dejar atrás a mi madre, quien no dejaba de decirme que me fuera y la dejara y me salvara yo, para mí no son imágenes que no se pueden borrar tan fácilmente,

Una vez logramos subirnos a una volqueta, la cual en ese momento se llenaba de manos con ganas de ubicar esa esperanza de vida que significaba, de manera irreal observe como un caballo se atravesaba entre el vehículo en el cual estábamos y una puerta abierta donde una señora con los ojos desorbitados preguntaba que pasaba, momento que solo fue interrumpido por la explosión de un cuerpo contra una pared, del esposo de mi madre que en ese momento sin aguantar la presión, se lanzo a una muerte segura, después todo fue un caos, la noche se ilumino como por arte de magia, se podían observar rostros desencajados que no pronunciaban ninguna palabra pero se adivinaba un terror indescriptible, una extraña mezcla entre oraciones y maldiciones que se mezclaban con gritos desgarradores indagando por seres queridos.

La sensación de una ola negra acercándose, a toda velocidad hacia nosotros, que cuando llego levanto en vilo el carro, justo debajo de una casa, los ladrillos caían sobre mi cabeza, no dejaba de decir las oraciones que a mi corta edad sabia, mientras mi mamá, trataba de cubrir con su cuerpo la lluvia de escombros sobre nosotros,

Ese momento que no duro mucho tiempo, fue eterno y todavía los rostros me visitan con sus gritos de terror, algunas noches de insomnio.

Después todo fue una insoportable quietud, todo se oscureció, en mi mente solo acudían imágenes apocalípticas y del fin del mundo, estuve seguro que sucedía en todo el orbe y me preguntaba porque seguíamos con vida o si ya estábamos muertos y no queríamos admitirlo, era una sensación de tranquilidad pasmosa, no había nada que hacer y tampoco lo hice, tan solo escuchar y tratar de imaginar que seguro en algún momento mi existencia, mis recuerdos y mis pensamientos se diluiría como en una especie de estupor.

El susurro de una mujer, diciendo que su mama no aguanto y se lanzo al barro por el cual navegábamos en el platón de la volqueta, me saco del ejercicio de imaginarme el estado en que se encontraban las personas que iban en la cabina y a aquellas que se aferraron los guardafangos, entregando su vida esta posición, supe en ese momento por un señor que sobre mis piernas había un pesado tronco que me impedía moverme, ellos lo quitaron y sentí el primero de una serie de dolores físicos que vendrían después, no supe si agradecí el gesto.

Supe que nuestra mascota murió cuando de mis manos, que estaban en actitud de oración, se deslizo una sustancia caliente, gruesa y viscosa, en momentos que mi madre nos sacaba cantidades absurdas de barro de la boca, el terror era insoportable, tanto que cuando sentí deslizarme, en momentos que la volqueta se dio vuelta y caímos todos, tuve la sensación que todo acabaría, que en ese momento mis pensamientos estaban

diluyéndose como la tinta en el agua, estaba admitiendo mi muerte, mi madre pensó eso, cuando no hice ningún movimiento brusco para aferrarme a ella, quien luchó desesperada por tratar de asirme, y al no obtener respuesta de mi parte asumió, con dolor en su corazón, que yo ya no estaba vivo.

Los árboles de caucho pueden llegar a medir muchos metros de altura, sentir que estos gigantes caían sobre mi pequeño cuerpo, haciéndome tragar el espeso y maloliente lodo, supe que pertenecía todavía al mundo de los vivos, en ese momento que sentía estallar botellas y elementos en mi espalda, solo podía esperar que algo con suficiente filo me despojara de mis piernas de cualquier otra parte de mi cuerpo, solo esperaba terror, el momento del agudo dolor, cuando esto pasase.

## La nevera

En esos momentos en donde esperaba morir, e incluso empecé a imaginarme como sería mi muerte, que habría más allá y si me convertiría en un ángel, sentía un pesado objeto que se estrello contra mis piernas, las cuales supe que estaban ahí, por el dolor del choque, lo único que hice fue tratar de asirme de ese pesado objeto, como si algo me dijera que si me bajaba mis peores temores se volverían realidad.

La velocidad que llevábamos era absurda, en ese estado el barro se hace duro, la resistencia que produce, hace que el cuerpo se resienta y unido al calor del mismo, la sensación de estar quemándose es difícil de describir, cuando todo ceso, cerca de las 4 de la mañana, las luces a lo lejos de los campesinos no daban ninguna seguridad, ya que siempre estaban en el mismo sitio y no se acercaban, unido a los gritos de la gente llorando de dolor, de miedo, de frío, y de desesperación temiendo otra avalancha, fue un tiempo de larga espera, esperando que todo empezara de nuevo, estábamos seguros, nos sepultaría y mataría a aquellos que nos aferramos tercamente a la vida.

Cerca de las 5 de la mañana empezó a llover, aunque en un principio pensé que era granizo, por el dolor que provocaba en mi cuerpo, unido al hecho que todo lo veía borroso, supe después que era una simple e inofensiva llovizna, lo único que podía hacer era ubicar dentro del barro un sitio que no fuera ni muy frío ni muy caliente para poder calmar un poco el dolor, cuando ceso el castigo de agua, me aferre como tantas veces, que decían que se venía otra avalancha, a un tronco que estaba cerca, pero creo que lo hice con mucha fuerza, ya que este se dio vuelta, mostrando un brazo destrozado, del cual casi puedo jurar que se le veían los huesos.

Sacando fuerzas de donde no tenía nada hacia el lugar donde quede apenas dejo de avanzar el lodo, me agarre de una manija, la cual para mí era lo que me había ayudado a no morir, no sé si era por el terror o por qué, pero al jalarla, se abrió la caja con un sonido sordo, de donde emergieron cantidad de botellas rotas, alimentos que rápidamente quedaron envueltos en el lodo maloliente y frascos de leche, recuerdo con mucha nitidez estos elementos, tal vez quiera olvidar el brazo desagarrado del tronco.

En determinado momento, cuando observe a algunas personas acercarse con un televisor en el hombro, pensé que todo acabaría, y que ya podría llorar por el dolor que se había apoderado de mi cuerpo, pero solo pasaron al lado y creo que ni siquiera voltearon la cabeza para vernos, llore de impotencia y de rabia y creo que gaste mis fuerzas porque sentí un sueño muy pesado y empezaba a quedarme dormido, sin que el dolor disminuyera.

## ¿Está bien?

No sé cuánto tiempo paso, creo que solo fueron segundos o a lo mucho unos pocos minutos, porque esa pregunta que no estaba dirigida hacia mí, me saco de mi dolor e instintivamente conteste que sí, de inmediato observe como dos muchachos no muy mayores se dirigieron hacia mí, estos no llevaban nada, lo que me tranquilizo, sus caras, estaban quemadas por el sol, lo que evidenciaba, que habitaban cerca, y se dedicaban a labores del campo, para mi fueron las caras más asombrosas en ese momento, lo único que podía era ver sus ojos, cuando se acercaron, comprobé que no estaba a mas de 5 metros de tierra firme, y que el lodo a él no le alcanzaba a llegar a la cintura, pero mi cuerpo estaba totalmente adolorido y no pude moverme ya más, el muchacho me saco fuera del barro y al comprobar que estaba bien, me pidió que le guardara el reloj, en ese momento con el dolor que tenia, me aferre a ese artículo, el cual cuide con un celo que no podría explicar, en ese momento cuando habían pasado tantas cosas, al sentir ese objeto, estaba seguro que si me habían salvado y que no era un sueño.

No sé cuánto tiempo paso, cuando volvió por mí, me saco hacia una carretera, extrañamente observe que había mucha gente afuera, sabía que preguntaban algo, pero era horrible la sensación de no entender una sola palabra de lo que decían, las señoras se acercaban a mi rostro y podía sentir su aliento, cerca del mío, sus lagrimas y sus gritos, para preguntarme por personas que aunque hubiera entendido, no sabría nada de ellas.

Me subieron a una especie de camioneta, en la parte trasera, junto con otra persona, también herida y otra que estaba ayudando, creí inapropiado decir en ese momento que mis piernas, de las cuales estaba feliz de no haberlas perdido me dolían horriblemente, lo haría después, pero por ahora solo trataba de pensar que la pesadilla pronto acabaría.

Al llegar al hospital de Guayabal, las personas trataban de llegar a mí, tal vez tratando de buscar información de parte mía o con la esperanza que yo fuera un familiar o algo así, me pregunte que si era que no sabían exactamente a quien buscaban, y porque me confundían.

Cuando llegue, estaba solo en ropa interior, el agua que pensé que me refrescaría, no dejaba de dolerme, ahí me sentí en todo el derecho de romper en llanto y gritar de dolor, quejándome para que cesara esa tortura, fue injusto porque solo querían quitarme el barro, pero ese barro era en parte el que me aliviaba el dolor.

Cuando ceso el martirio, estando vestido y acostado, pedí que me llevaran al baño, aunque el dolor era menor, no podía mover mis piernas, cuando llegue al baño y pude ver mi rostro me horrorice y comprobé por fin porque no podían reconocerme, estaba hinchado, con la cara arañada y los ojos en un estado que no puedo describir, el terror que me causo esa impresión fue muy fuerte, sabía que era yo, y por eso no pude dejarme de tocar la cara, tratando de no llorar más. Al llegar a la cama, no podía dejar de pensar en cómo estaba mi rostro, llorando y con hambre, me quede dormido.

Cuando desperté me llevaron a un jardín infantil, lleno de instrumentos musicales, los cuales empecé a curiosear, en ese momento llego una niña algo menor que yo, que me hizo una pregunta, la cual me devolvió de manera abrupta a mi dolor, y a mi situación en particular, una que me había faltado hacerme...

¿Donde están tus papas, tu mama, tu hermanitos?

En ese momento supe que estaba solo, y llore, no sabía donde estaba que había pasado y estaba solo, había olvidado a mi mama y a mi hermana, solo un pinchazo en el brazo y un “por favor cálmate”, lograron dormirme, donde soñé que estaba bien, y que lo anterior era una pesadilla, y seguía preguntándome porque el dolor no se acababa.

No sé en qué momento me encontré en un avión, el calor antes de despegar era intenso, y el ruido era más fuerte que mis propios pensamientos, así que deje de luchar contra mí mismo, y dejar la situación, tal como estaba.

Cuando el avión despegó el calor cambio a un frío intenso, que trate de cubrir con una especie de camisa que me habían puesto, pero ni aun así podía calentarme, esto unido al disgusto que me provocaba una señora gritando que tenia la columna destrozada, y que la levantaran del suelo, durante el viaje no paró de llorar y exigir, que le dieran una silla, no permitió que pudiera dormirme, lo cual era lo único que me calmaba.

Al llegar a Bogotá por fin alguien me dio una cobija gruesa, la cual agarre con las pocas fuerzas que me quedaban, pensando que la señora de la espalda destrozada me la quisiera quitar de inmediato me subieron a una ambulancia, era de noche, estando en la camilla, observaba como las luces pasaban rápido, pero estaba tranquilo ya que no estaba solo, por lo menos dos personas de blanco me calmaban y entre ellos hablaban de mi pulso.

Cuando llegue al hospital, el ritmo acelerado de las personas me intranquilizo, y antes que mi nombre solo repetía dos números telefónicos, gritando que llamaran para que vinieran por mí, dos números que 25 años después, no los he podido olvidar.

Una hora después pude ver rostros conocidos que lloraban, y me preguntaban cosas que no comprendía, solo quería dormir para que el dolor se fuera, pero era imposible con las inyecciones, que atraían a una cantidad de personas con cámaras, micrófonos y acentos extraños que preguntaban lo mismo una y otra vez, con los cuales no quería recordar los motivos del dolor que ya estaba entrando en mi alma.

En el desayuno pude ver a mi compañera de cuarto en el hospital, detrás de su rostro quemado, las partes de su cabeza sin cabello, las heridas de sus manos unos ojos que me miraban con tristeza y pesar, creo que la mejor decisión fue quitar los espejos del cuarto, igual en la habitación nadie tendría fuerzas para seguir llorando, y nadie veía bien, y esto lo supe porque todos teníamos que sentir la cuchara que sostenía la enfermera, en la boca para saber que teníamos que abrirla para poder comer algo que no solo era

insípido, si no que sabía a arena, teníamos la garganta quemada y llena de barro.

Después del hospital me llevaron a un sitio, muy sobrio, donde cantábamos a todas horas, aunque no duramos más de un día, las canciones aun resuenan en mi cabeza, y a veces las recuerdo con cariño otras las quisiera olvidar para que no me atormenten más.

Llegado a la casa, con un bastón, dado que mi pierna derecha estaba enferma, principios de gangrena, alcance a escuchar a uno de los médicos, no dejaba de pensar que también ahí podía perseguirme la avalancha, todo olía a azufre y a lodo caliente, y eso me atormentaba, solo lo pude olvidar cuando pregunte por mi mamá y mi hermana y recibí como respuesta un silencio, pensé lo peor y no llore, no sé si por cansancio o porque de alguna manera estaba preparado para lo peor.

No recuerdo muy bien como fue el encuentro con mi mamá, ni después de cuanto tiempo, solo me acuerdo que nos fundimos en un abrazo muy largo, y pensaba en ese momento que no se me escapara como lo había hecho antes, esperaba solo que mi hermana estuviera con nosotros para poder llorar, esta vez de felicidad...

Mi hermana duro 9 días perdida, incluso estuvo a punto de ser adoptada, pero pudo ser encontrada por mi papá, ella estaba en una especie de limbo que no le permitía asimilar la situación que acababa de pasar, cuando la abrace, sentí la opresión de tener que contarle la suerte del perro, la misma que tuve tiempo después cuando mi mamá busco a la persona que vivía con ella, y no poder contarle que yo la había visto cuando él se lanzo del vehículo y el momento en que vi su cuerpo explotar contra el muro, cuando el lodo lo empujo y el solo atino a alzar los brazos y dirigirme una mirada de tristeza infinita.

Mi mamá estaba embarazada, y estábamos solos, siempre pensé que sería un milagro que después de lo que paso, el bebe naciera bien, mis temores se hicieron realidad y el niño murió antes de nacer, me hice el propósito de estar en silencio, de no preguntar nada, solo quería que cesaran las pesadillas que me persiguieron por más de 5 años, que la gente dejara de preguntarme cómo fue que paso, y que me dejara de doler la pierna izquierda, pero no quería decirle nada a nadie, pensé que la opinión y temores de un niño tan pequeño, en medio de tantos problemas, sería inadecuada.

El colegio para mí fue una tortura, las pesadillas persiguiéndome no me dejaban concentrar, cuando lloraba sin razón aparente, observaba como los profesores me regalaban las notas, sé que mi situación era especial, pero no quería recibir la consideración de nadie, solo quería estar solo, y no siempre podía.

Cuando mis familiares viajaron al pueblo a recuperar lo que pudo haber quedado de nuestras pertenencias, y cuando observe un muñeco que venía junto con las cosas, me parecía aterrador y varias veces pensé en quemarlo, sus ojos me recordaban cosas horribles, pero la idea de que me pudiera estar desquiciando me detenía, no sé qué paso con él, ya debe estar descomponiéndose en algún basurero.

Cuando pase al bachillerato, me alejaron de mi mamá, sabía que podía rendir, y para mí

no era difícil hacerlo las clases eran muy fáciles, pero por alguna razón no quería estudiar ni pasar el año, mi abuela con quien estaba, aunque estricta, quería lo mejor para mi, pero yo no, solo quería que cesaran los recuerdos que llegaban en la noche, y más aun quería estar lejos del sitio que quiso tragarme, y que me dejó una huella cuando estaba tan pequeño, un daño que no merecía, y que me hizo ver la fragilidad del ser humano, y que el dolor físico, puede llegar a ser en muchos casos inimaginable.

20 años después pude volver al sitio donde alguna vez estuvo Armero, ahora un bosque del que sobresalen algunas edificaciones, y una gran cruz, la sensación de estar encima de muchas personas, no es para nada agradable. Al escuchar a la persona que explica cómo sucedieron las cosas y muestra en una extraña maqueta donde quedaban las edificaciones, la cantidad de personas que murieron, y otros “tópicos de interés para los turistas”, no deja de parecerme algo casi sacrílego, pero trato de guardar muchas cosas para mi, aun asegurando que vivió la tragedia en carne propia, no por eso me deja un sabor amargo en el alma, y admito que ni siquiera es culpa su culpa, de pronto es mi propia mente que se asquea, sin razón del tema.

Ya la celebración dejó de ser para mi, una fecha de tristeza, mas aun por su cercanía con el cumpleaños de una de las personas más importantes para mí, la cual ya falleció, pasa inadvertida, pero no puedo dejar de pensar en la cantidad de historias, que debe estar enterradas para siempre en el fango, el cual vomitó un nevado con un nombre, dentro del cual estaba un volcán con otro, estando en el mismo sitio.

Cuando pasen 100 años, no puedo creer que no se haya perdido el recuerdo de un pueblo, donde entre otras muchas historias se aseguraba que no descendían los espíritus, por causa de la muerte de un sacerdote que fue arrastrado por las calles del pueblo mientras agonizaba, y donde el día de la avalancha llegó un ser inmundado encima de la roca de no sé cuantas toneladas que quedó en la mitad del pueblo, asegurando que ya habían llegado, cerca de la cual quedaron otras rocas iguales, que se asegura nadie sabe de donde salieron, donde se aseguraba que era cerca de Armero el sitio preferido para que las brujas que robaban niños recién nacidos, hicieran sus reuniones periódicas, y más aún, que sin registros fidedignos se asegure que esta tragedia se repite cada cierto tiempo.

James Guapacho